

Consolidar la Iglesia Particular. *Una lectura desde América Latina*

Jesús Espeja

Sumario

Tras constatar el peligro de centralización que diluye la singularidad de las iglesias particulares, el autor muestra cómo “la iglesia particular”, revalorizada en el Vaticano II, es la única Iglesia de Jesucristo, misterio de comunión para la misión en el tiempo y en el espacio. Destaca la comunión entre las iglesias particulares y con el obispo de Roma, sucesor de Pedro; esa comunión, que pertenece a la entraña misma de la iglesia particular, incluye el mutuo diálogo y el intercambio de la singularidad que reviste cada iglesia. Después de apuntar algunas características de la Iglesia en América Latina, sugiere que ya es hora de superar el eurocentrismo, y que las iglesias particulares latinoamericanas deben mantener y fortalecer esa singularidad que como denominador común las caracteriza.

* Sacerdote dominico, radicado en España, después de una larga estancia en Cuba. Doctor en Teología, Maestro en Sagrada Teología (título especial de la Orden de Predicadores). Profesor del Itepal. Email: jesusespeja@yahoo.es.



Palabras clave: América Latina, Iglesia, Iglesia particular, Comunión, Vaticano II.

Strengthening the local church *A reading from Latin America*

Abstract

The author draws attention to the danger that centralization can weaken the identity of local churches and goes on to show that “the local church”, revalued in Vatican II, is the only church of Jesus Christ, the mystery of communion in its mission in time and space. He underlines the communion between the local churches and with the bishop of Rome, the successor of Peter; the communion that belongs to the very essence of the local church involves dialogue and the sharing of its own identity that is the hallmark of each church. On pointing out some characteristics of the church in Latin America, he suggests it is now time to overcome Eurocentric tendencies so that the Latin American local churches can maintain and affirm their own identity which is their common denominator

Key words: Latin America, Church, Local church, Communion, Vatican II.



Varios fenómenos pueden ser detonante de una situación. En la conciencia de muchos cristianos la Iglesia Particular o diócesis es como una instancia administrativa sin valor teológico en sí misma; el obispo es considerado como un delegado del papa, como un gobernador civil que cumple órdenes de arriba. Otro fenómeno en las últimas décadas son movimientos de Iglesia que, dirigidos desde un centro que dicta orientación y estrategias, irrumpen y se hacen presentes en distintas latitudes y en distintas diócesis; funcionan por encima de las Iglesias Particulares, alegando su devoción e incondicional sumisión al papa. Por otro lado, a veces se nota que los organismos del Vaticano ejercen excesiva tutela sobre las Conferencias nacionales y regionales del episcopado. Finalmente, en las Iglesias Particulares de América Latina desde sus orígenes hasta hoy las Iglesias Particulares europeas han dejado su impronta; pero ¿no ha llegado el momento en que las Iglesias Europeas descubran y se dejen interpelar por la singularidad de las Iglesias Latinoamericanas?

La mentalidad centralista y el afán de control es normal, pues venimos de varios siglos en que la Iglesia se presentaba como sociedad perfecta e institución jurídica presidida por el papa y dividida en regiones. A partir de la reforma gregoriana en el s. XI, el obispo de Roma concentró el poder no sólo dentro de la Iglesia sino también sobre las autoridades civiles. Y aunque “la protesta de los protestantes” y el nacimiento del Estado moderno, cuestionaron ese poder, en la Contrarreforma se afianzó la figura del papa. El Vaticano I fue un hito bien significativo en este afianzamiento declarando su infalibilidad y su jurisdicción sobre toda la Iglesia. Así se saca la impresión de que el régimen eclesial es una monarquía absoluta con organismos adecuados para el ejercicio de la misma. Por otra parte, el modelo de Iglesia fraguado en occidente europeo llegó a los pueblos de Amerindia muy arropado por el poder político; hubo peligro de que la imposición silenciara la identidad cultural de esos pueblos y con ello la singularidad de la Iglesia en ellos implantada.



El Vaticano II ha corregido esta visión deformada no sólo destacando la colegialidad de los obispos presididos por el Sucesor de Pedro, dando todo su relieve a las Iglesias Particulares que incluyen cultura, gozos y esperanzas, alegrías y tristezas de cada pueblo. Sin embargo uno tiene la impresión de que la novedad no cala, tal vez porque implica serios cambios no sólo en las estructuras sino también en la mentalidad y práctica de los mismos cristianos. No acaba de cuajar la novedad del Concilio: sólo se entra en la Iglesia y se vive la fe cristiana en la Iglesia Particular que implica ubicación en el tiempo y en un espacio; en una historia y en una cultura; el obispo no es un delegado del papa, sino que es puesto al frente de una Iglesia Particular formando un colegio con los demás obispos, sucesores de los Apóstoles para garantizar la apostolicidad de toda la comunidad cristiana. La consistencia de la Iglesia Particular no se arregla sin más con la descentralización jurídica para que cada Iglesia funcione con la imprescindible autonomía. Es más urgente avivar la fe y el dinamismo dentro de la misma Iglesia Particular para que no se reduzca sin más a un aparato administrativo sino para que sea de verdad, la única Iglesia, el acontecimiento de salvación.

Para no dispersarnos acotemos el terreno. Primero reflexionamos sobre la Iglesia Particular, mirando al denominador común de las Iglesias Particulares en América Latina. Con este objetivo procederemos, después de una nota previa sobre la terminología, presentando la novedad del Concilio sobre la Iglesia Particular, las implicaciones de esta novedad, y finalmente los rasgos que debe tener una Iglesia Particular en los pueblos latinoamericanos.

1. Aclaremos la terminología

En los textos del Concilio no hay un lenguaje riguroso. La Iglesia que se manifiesta en un determinado lugar unas veces se llama “local” y otras “Particular”. Unas veces se usan esos términos para la diócesis, otras para la parroquia, y otras para las Iglesias de una determinada área cultural. La Iglesia en cuanto tal se llama “católica”, “universal”, “entera”. Aquí por “Iglesia universal” entiendo la Iglesia que se manifiesta en Pentecostés con sus cuatro notas: una, santa, católica y apostólica. Para calificar a la Iglesia que se hace realidad en un espacio y tiempo concretos, aquí emplearé indistintamente

los términos Particular y local. Con esas palabras me referiré unas veces a la diócesis y otras a distintas diócesis de una misma región o área cultural¹.

2. En la visión del Concilio sobre la Iglesia

El Vaticano II es el primer concilio que no se centra en corregir errores o formular verdades; su preocupación fue presentar a la Iglesia en sí misma y en su relación con el mundo moderno. En la presentación de la Iglesia puntualizó bien sobre su entraña más íntima que llevó a dar relieve a las Iglesias Particulares: ¿qué entendemos por Iglesia? ¿qué decimos cuando confesamos “creo en la Iglesia”?

Misterio de comunión para la misión

La palabra “misterio” no se refiere a verdades sublimes e inaccesibles para la mente humana. En lenguaje paulino misterio significa más bien el proyecto de salvación que tiene lugar en el dinamismo de la historia; que se ha manifestado de forma única en Jesucristo, y continúa en esa convocación del Espíritu que llamamos Iglesia, “realidad penetrada por la divina presencia” (Pablo VI).

La Iglesia ya está hecha cuando en Pentecostés Pedro y sus compañeros, “revestidos de la fuerza de lo alto”, se presentan como la nueva comunidad de gracia para “los que están cerca y a los que

¹ El Código de Derecho Canónico abandona la expresión “Iglesia local” y se queda con “Iglesia Particular”. Y en los documentos del Magisterio postconciliar, aunque la terminología es variada, tiene preferencia el calificativo “Particular”. Algunos se inclinan por llamar “Iglesia Particular” a la diócesis, reservando “Iglesia local” para designar a distintas Iglesias agrupadas por razones geográficas, históricas, culturales etc. “Particular” destaca bien la singularidad de cada Iglesia, con el peligro de que tal calificación se interprete como si la Iglesia Particular fuera una parte de la Iglesia universal, pues en el mundo latino Particular viene de “pars”, parte. El calificativo “local”, aunque corre peligro de concebir a la Iglesia sólo a partir de la localización y además hay Iglesias o diócesis personales, sugiere que la situación sociocultural entra en la constitución de la Iglesia. Y destaca importancia que tienen el espacio y el tiempo en su fisonomía y su talante. Fuera de decreto “sobre el ministerio pastoral de los obispos”-CD-, el concilio no se refiere de modo explícito ni emplea el término “diócesis” tal vez porque frecuentemente ese término se viene reduciendo a lo jurídico y administrativo. Incluso varios obispos pidieron sustituir la palabra diócesis, por la palabra “Iglesia Particular”. El decreto CD, 11 presenta la diócesis, “porción del pueblo de Dios que se confía al obispo” como “una Iglesia Particular en que verdaderamente se encuentra y opera la Iglesia de Cristo, Una, Santa Católica y Apostólica”.



vienen de lejos". Quienes reciben el bautismo entran en una comunidad visible de creyentes, animada por el Espíritu de Jesucristo, donde se revela Dios como Padre y todos se consideran hermanos. Nunca hubo ni habrá cristianismo sin Iglesia. Integrada por seres humanos, el origen y fuente de su vida y de su unidad no resultan del empeño voluntarioso que algunos tengan. Es fruto de un nuevo nacimiento del Espíritu. Participación y signo visible de la vida de Dios manifestada en la conducta histórica de Jesucristo.

Comunión "de vida, de amor y de verdad". Los cristianos confesamos que Dios es comunidad de personas distintas en permanente relación de amor. Y esa vida se participa en la Iglesia, donde los seres humanos tratan de vivir la fraternidad. Así la Iglesia es "casa y escuela de comunión" hasta que Dios sea "todo en todos". Muchas posturas cerradas y agresivas que destruyen a la comunidad cristiana, provienen de no vivir esta comunión obra del Espíritu. Sin la experiencia personal de ese misterio, es imposible procesar saludablemente los inevitables conflictos intraeclesiales: por el bautismo no sólo somos vocacionados sino también convocados, llamados a vivir en comunión con los otros que tienen su mentalidad peculiar y su forma propia de ver las cosas.

Para la misión. A Jesús de Nazaret no lo encontramos fuera del apasionamiento por la llegada del Reino de Dios –"por nosotros y por nuestra salvación"- y con ese objetivo tiene sentido la Iglesia: "sólo el Reino es absoluto y todo el resto relativo"².

Misterio en la historia: Iglesia Particular

La Iglesia es acontecimiento del Espíritu que sólo puede tener lugar en el tiempo y en el espacio; elementos que de algún modo entran en su constitución. Por eso "en las Iglesias Particulares y a partir de ellas existe la Iglesia católica una y única"³. Porque en cada Iglesia Particular está la única Iglesia, en su propia entraña cada una implica la comunión con las demás y con el Sucesor de Pedro que garantiza esa comunión. Se comprende que la Iglesia Particular está en continuo proceso de encarnación. Una llamada y una exigencia para que las

² Exhor. Evangelii Nuntiandi,8

³ LG,23

Iglesias Particulares reaviven su caridad primera, sean acontecimiento de salvación y transmitan el Evangelio.

Según la tradición patristica la Iglesia “celeste” está en la mente de Dios “antes de la constitución del mundo”: pero esa Iglesia todavía en camino de realización, sólo existe en las Iglesias Particulares. No hay una Iglesia universal en el aire; la única Iglesia de Cristo se hace realidad histórica en las Iglesias Particulares que no nacen “a partir de una fragmentación de la Iglesia universal” que sería simple agregación de aquella; entre Iglesia universal e Iglesias Particulares “hay un vínculo vivo, esencial y constante que las une entre sí en cuanto que la Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias Particulares”⁴.

La exhortación apostólica “Sobre la evangelización” Evangelii Nuntiandi, 1975 hace una buena síntesis de la doctrina conciliar:

“Así ha querido el Señor a su Iglesia: universal, árbol grande cuyas ramas dan cobijo a las aves del cielo, red que recoge toda clase de peces o que Pedro saca cargada de 153 grandes peces, rebaño que un solo pastor conduce a los pastos. Iglesia universal sin límites ni fronteras salvo, por desgracia, la del corazón y del espíritu del hombre pecador (No. 61).

Sin embargo esta Iglesia universal se encarna, de hecho, en las Iglesias Particulares, constituidas de tal o cual porción de la humanidad concreta, que hablan tal lengua, son tributarias de una herencia cultural, de una visión del mundo, de un paso histórico de un substrato humano determinado. La apertura a las riquezas de la Iglesia Particular responde a una sensibilidad especial del hombre contemporáneo.

Guardémonos bien de concebir la Iglesia universal como la suma o, si se puede decir, la federación más o menos anómala de las Iglesias Particulares esencialmente diversas. En el pensamiento del Señor es la Iglesia universal por vocación y por misión la que, echando sus raíces en la variedad de terrenos culturales, sociales, humanos, toma en cada parte del mundo aspectos, expresiones externas diversas.

⁴ Chr.fideles laici, 25



Por lo mismo una Iglesia Particular que se desgaja voluntariamente de la Iglesia universal, perdería su referencia al designio de Dios y se empobrecería en su dimensión eclesial. Pero, por otra parte, la Iglesia, "difundida por todo el orbe" se convertiría en un abstracción, si no tomase cuerpo y vida, precisamente a través de las Iglesias Particulares. Sólo una atención permanente a los dos polos de la Iglesia, nos permitirá percibir la riqueza de esta relación entre Iglesia universal e Iglesias Particulares⁵.

Luego la Iglesia Particular es la Iglesia de Cristo en cuanto presente en un lugar determinado. Es la "santa madre Iglesia" que, gracias al Espíritu nos engendra en el bautismo y nos sostiene a lo largo de nuestra existencia toda ella bautismal. El ingreso en la única Iglesia católica o universal se hace ingresando en la Iglesia Particular.

3. Cada Iglesia Particular tiene su fisonomía

La Iglesia Particular es la única Iglesia de Cristo "en el espacio y en el tiempo". Luego sólo realizada en esas circunstancias cada Iglesia tiene su singularidad que pertenece a su misma constitución.

Dos factores o referencias

La cultura es la forma en que hombres, mujeres y pueblos interpretan y organizan la vida. Incluye creencias, valores, instituciones y costumbres. Todos los seres humanos, que deben orientar sus instintos y están dotados de inteligencia para ser creativos, tienen su cultura fuera de la cual dejan de ser ellos mismos.

La cultura, como el mismo ser humano, es dinámica. En los cambios sociales la cultura va cambiando y, sobre todo en un proceso de mundialización tan notorio en los últimos años, el diálogo intercultural está generando una situación de inestabilidad para las distintas culturas. Con el peligro de unificar y conformar las creencias, las valoraciones y las costumbres según los parámetros de la cultura más poderosa.

⁵ EN, 61-62

El tiempo no es sólo “medida del movimiento”, como decían los filósofos griegos. Primero se refiere a una época determinada con sus aspiraciones, sus logros y sus problemas. Segundo, tiempo se refiere también a una historia que ha ido configurando la identidad de cada persona y de cada grupo humano.

Para concretar la singularidad de las Iglesias

El Vaticano II dejó bien claro que nada humano es ajeno a los discípulos de Jesucristo; los gozos y las esperanzas, las alegrías y las tristezas del mundo, son también de la Iglesia. Si bien está hecha como fruto del Espíritu que la rejuvenece actualizando la tradición apostólica, esa actualización sólo se hace realidad en el espacio y en el tiempo, donde también gracias al Espíritu, brotan verdades y hay valores. La escucha y acogida de las semillas que despuntan en la evolución de la historia, pertenece a la singularidad de la Iglesia Particular.

Porque la Iglesia se constituye en la misión, “todas las Iglesias reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de los pueblos, todo lo que puede servir para confesar la gloria de Dios, para ensalzar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana”⁶. La cultura con todos sus valores se acepta como elemento configurador de la Iglesia Particular.

También la historia de los pueblos determina de algún modo la fisonomía de la Iglesia Particular. Por ejemplo, la Iglesia Particular en un pueblo tradicionalmente católico, tiene una significatividad y unas connotaciones distintas de la Iglesia Particular en un pueblo cuya población en su mayoría profesan otras religiones o son increyentes. Una Iglesia Particular en un pueblo indígena de Verapaz, Guatemala, lleva la marca histórica de la colonización española, mientras la Iglesia Particular en un pueblo centroeuropeo no es indiferente a la reforma protestante.

La incidencia de las culturas y de la historia en la fisonomía de la Iglesia Particular exige cuidado y revisión de tres aspectos:

⁶ 3. Decr. *Ad Gentes*, 22



Conocer la propia historia

No separada del pueblo, cada Iglesia Particular tiene su historia: las pruebas que ha sufrido para mantener la fe, las prácticas religiosas que han ido cambiando, los conflictos intraeclesiales que han surgido, y los ejemplos de creyentes heroicos incluso hasta el martirio. Los cuatro evangelios proclaman el único Evangelio pero con distinta versión teniendo en cuenta la historia que viene modelando a cada Iglesia Particular. Las cartas de Pablo parten de acontecimientos que van modelando la Iglesia Particular, en Efeso, Tesalónica o Corinto. En los primeros siglos la Iglesia de Roma era referencia para las otras Iglesias Particulares porque su historia estaba enriquecida por la presencia de Pedro y de innumerables mártires.

Revisar las mediaciones sacramentales

En dos ámbitos. Primero sacramentalidad de toda la comunidad cristiana en una determinada cultura. Según el concilio, “la Iglesia es como un sacramento”; pero la sacramentalidad incluye una visibilización significativa, en este caso, visibilización de Jesucristo en acto de salvación. Según la teología clásica, “los sacramentos causan significando”. Por eso cada Iglesia local deberá preguntarse si es sacramento para los seres humanos que viven, trabajan, se alegran, sufren y esperan en ese lugar y en ese tiempo. Incluso puede ocurrir que formas y presencias de la Iglesia que sirvieron para transmitir el evangelio en otro tiempo, resulten insignificantes en el mismo lugar pero en otro tiempo. Conductas y expresiones eclesiales que son aceptables en un lugar, en otro puede ser consideradas reprobables y contraproducentes. Hay que revisar también la misma celebración de los sacramentos. Sin duda el objetivo principal del concilio en la renovación litúrgica es que todos los fieles aviven la experiencia del misterio que sólo encuentra expresión adecuada en un lenguaje simbólico. Pero este lenguaje no puede ser uniforme para todas las culturas. Aunque sea imprescindible, no es suficiente celebrar los sacramentos en lengua vernácula. Urge una nueva versión del simbolismo sacramental en las distintas culturas. El sacramento ante todo y sobre todo es un acontecimiento de gracia, una profesión pública de la fe, encuentro personal comunitario con Dios que nos ama, nos acompaña y nos alienta. Un encuentro imposible fuera de la propia cultura con sus expresiones y su lenguaje.

Universalidad, unidad y pluralismo

La Iglesia Particular no encuentra la catolicidad fuera de sí misma. Pero esa catolicidad incluye apertura y comunión con todas las demás Iglesias locales que no son fracciones separadas y autónomas de la unidad de la Iglesia universal, sino “expresiones de la comunión eclesial total y testimonio de la genial y original armonía en la unidad” (Pablo VI). Para garantizar esa comunión en el diálogo y en el intercambio, está el ministerio ejercido por el obispo de Roma, Sucesor de Pedro. En orden a facilitar esa comunión entre las Iglesias Particulares, el concilio dio base para fortalecer las Conferencias episcopales y los Sínodos de obispos.

La Iglesia Particular es ya la Iglesia única y una gracias al Espíritu que convoca y rejuvenece continuamente a la comunidad cristiana. Pero esa unidad debe ser concretada en cuando hay distintos carismas, distintos ministerios y distintas formas de vivir la única vocación bautismal. Es fundamental que todos los grupos y movimientos se integren en el dinamismo de la Iglesia local, comunión para la misión. Para mantener esa unidad está el ministerio del obispo particular.

A veces tenemos miedo al pluralismo como si fuera incompatible con la unidad. Según Pablo empleando la imagen de cuerpo de Cristo para presentar a la Iglesia, hace notar que está integrado por distintos miembros, con distintos carismas y con diferentes tareas. El pluralismo en las Iglesias Particulares es un valor y el centralismo también aquí es peligroso; no hay que confundir unidad con uniformidad. La comunión es enriquecida con la pluralidad. Cada Iglesia Particular tiene su singularidad que pertenece a la constitución de la Iglesia ubicada en el tiempo y en el espacio; esa singularidad es lo que ofrece a las demás Iglesia en la comunión con ellas. Hace cinco siglos los pueblos europeos llevaron a los pueblos de Amerindia la singularidad de la Iglesia inculturada en el occidente europeo. Ya es hora de que también la Iglesia en América Latina aporte su singularidad y la Iglesia europea se deje interpelar por ella. Hay que salir del eurocentrismo.

4. Fisonomía peculiar de las Iglesias en A.L.

En la V Conferencia General los obispos conscientes de la nueva realidad que viven los pueblos de este hemisferio, y preocupados por



encontrar el modo adecuado para transmitir el evangelio, sugieren algunos rasgos que hoy deben caracterizar a las Iglesias Particulares de A.L., respetando claro está la singularidad de cada una⁷.

Escuchar y discernir. Según Aparecida, “vivimos un cambio de época cuyo nivel más profundo es el cultural” (44); “la ciudad se ha convertido en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo con un nuevo lenguaje y una nueva simbología” (510); estamos en una situación cultural “híbrida, dinámica y cambiante que amalgama múltiples formas, valores y estilos de vida y afecta a todas las colectividades” (58). La nueva situación cultural requiere actitud de apertura y escucha.

Jesús irrumpe en el camino y entra en conversación con los discípulos de Emaús, preguntando: ¿cuál es el tema de vuestra conversación? Escuchar para discernir “con una postura crítica lo que en la nueva cultura es fruto de la limitación humana y del pecado”; también, se supone, discernir ahí los signos del Espíritu. En consecuencia, todo lo que sea desentendimiento de esta nueva realidad cultural, evasión espiritualista o sectarismo nada tiene que ver con la encarnación que ha de ser criterio de conducta para la comunidad cristiana.

Cambiar y salir de la propia tierra. El “aggiornamento”, la puesta al día de la Iglesia en un mundo que cambia. No quiere decir aceptar sin más todo lo nuevo que va surgiendo en la evolución de la sociedad humana; no es lo mismo el oro que la escoria. Pero si estamos viviendo en una situación cultural cambiante, no debemos aferrarnos al pasado ni a sus formas por muy familiares que nos resulten. Es muy real la constatación de los obispos: “en la evangelización, en la catequesis y en general en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual y en particular para los jóvenes; muchas veces los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural”.

⁷ Mientras no conste lo contrario las frases o párrafos entre comillas son del Documento Conclusivo de Aparecida. Cfr. J. Espeja, *La conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes: “Medellín”*, n.134, junio, 2008, 277-308

Religiosidad y pueblo de Dios. Son dos rasgos peculiares en la Iglesia de A.L. que se deben mantener y fomentar.

Aunque una cierta secularización va entrando, la religiosidad es fenómeno común en estos pueblos; en Cuba y en el mundo indígena de Guatemala. Y esta religiosidad expresa “el alma de cada pueblo”, la reacción normal ante la presencia del misterio en que todos habitamos o mejor que a todos nos habita. “Primero Dios”, suele decir la gente sencilla; su cercanía benevolente garantiza siempre la confianza incluso cuando humanamente no hay nada que esperar. En la evangelización hay que contar con esta religiosidad si bien es urgente “una catequesis apropiada que acompañe la fe ya presente en ella”; “se necesita cuidar el tesoro de la religiosidad popular de nuestros pueblos para que resplandezca cada vez más en ella la perla preciosa que es Jesucristo y sea siempre nuevamente evangelizada en la fe de la Iglesia y por su vida sacramental” (DA 549).

No conviene generalizar, pero en las Iglesias de A.L. no se percibe ni agresión contra el clero ni desentendimiento en el funcionamiento y misión de las parroquias y diócesis. Es admirable, por ejemplo, la respuesta de los cristianos a la llamada que hoy hacen los obispos para la misión continental. A mediados del siglo pasado surgieron sobre todo en algunas Iglesias latinoamericanas, las Comunidades Eclesiales de Base que intentaban plasmar la presencia del pueblo de Dios en la construcción de una sociedad más justa. Sentirse Iglesia responsable y corresponsable, vivir como un miembro vivo del pueblo de Dios es vocación y constituye la identidad de todo bautizado.

El laicado y la mujer. El mundo está cambiando y si creemos de verdad en la encarnación del Hijo, fuera de este mundo no hay salvación. Quienes dentro del mundo están llevando a cabo la misión de la Iglesia son los laicos cristianos, “fieles de Iglesia en el corazón del mundo, y personas del mundo en el corazón de la Iglesia” (DA 209). En esta situación cultural compleja y opaca “tenemos alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable” (DA 286). Por otra parte, “muchos católicos se encuentra desorientados”. Para cumplir su misión de modo responsable “los laicos necesitan una sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y un adecuado



acompañamiento para ser testimonio de Cristo y de los valores del Reino en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural” (DA 212). Y en el laicado debe entrar, quizás con prioridad, el papel de la mujer: “hay que impulsar la organización de la pastoral de manera que ayude a descubrir y desarrollar en cada mujer y en ámbitos eclesiales y sociales el genio femenino y promuevan el amplio protagonismo de las mujeres” (DA 548).

Iglesia de los pobres. La Iglesia en A.L. ha recibido la gracia de descubrir al Dios de Jesucristo en los pobres; y este descubrimiento, inspirado en el Evangelio, es un don para toda la Iglesia y clave para una buena evangelización. Por eso la Iglesia “no puede estar ajena a los grandes sufrimientos que vive la mayoría de nuestra gente”; todos los cristianos deben “estar atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad” (DA 199). Y no se trata sólo de hacer cosas sino de realizar la propia vida con el espíritu evangélico: “trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, influyente en la que no falte nadie”(Mensaje final de los Obispos a los Pueblos de América Latina, Aparecida, Brasil 29 de mayo de 2007). Es el camino para hacer realidad lo que Juan XXIII deseaba cuando convocó el concilio: “una Iglesia de todos y especialmente de los pobres”.

“La madre tierra”

En las culturas y en la religiosidad indígenas de A.L. hay una especial empatía, “un respeto a la naturaleza y a la madre tierra como fuente de alimento, casa común y altar del compartir humano” (DA 472). Pero en un mundo globalizado que funciona con la obsesión consumista, la tierra no es ya lugar en que se contempla la huella del Creador sino un objeto utilizable depredador. Y las zonas verdes que de algún modo son bolsa de oxígeno para toda la humanidad, son invadidas irreverentemente por compañías que sólo buscan mayor rentabilidad económica. Arrasando la sensibilidad ecológica de estos pueblos indígenas, “entra una cultura de muerte que afecta a la vida en todas sus formas” (DA 185).

“Recomenzar desde Cristo”. Una espiritualidad cristiana

En Aparecida se reconoce que irrumpe la nueva cultura “con nuevos estilos de vida, maneras de pensar y de sentir” (DA 51). Con esta novedad se introyectan como virus, sobre todo en las generaciones más jóvenes, unos criterios valorativos: “avidez del mercado, satisfacción hedonista, individualismo pragmático y narcisista”. Los cristianos deben aportar los valores del Evangelio “para transformar de manera efectiva el mundo según Cristo” (DA 99).

Este objetivo implica dos cosas. Primera, que nos acerquemos y conozcamos quién fue Jesús de Nazaret, cuál fue su experiencia espiritual, qué alimento le sostuvo, para qué vivió y por qué murió. Y en la experiencia de aquel hombre a quien confesamos como Hijo de Dios, no son separables intimidad con el Padre, compromiso por la llegada del Reino y opción preferencial por las víctimas. Son tres notas que no pueden faltar en la espiritualidad cristiana.

Segunda. Los obispos constatan que “surge hoy con gran fuerza una sobrevaloración de la subjetividad individual”(DA 44), mientras que “las tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado” (DA 39). Estos fenómenos sugieren que todos y cada uno hemos sido puestos en manos de nuestra propia decisión. Para que las mujeres y los hombres decidan con rectitud, es urgente la formación de la conciencia, no colonizando, sino despertando esa voz que deja su eco en todos los seres humanos y ayudando a que madure para el desarrollo integral de la humanidad.

En la nueva situación cultural que viven los pueblos de A.L. los cristianos no podemos reducir nuestra fe “a bagaje o elenco de normas y prohibiciones; a prácticas devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional de algunos sacramentos...” (DA 12). Hay que volver a Jesucristo “reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva” (Deus Caritas Est 1).



Estas parecen ser algunas coordenadas para que las Iglesias Particulares de América Latina sean la única Iglesia de Jesucristo “en el tiempo y en el espacio”. Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano han destacado y encauzado bien estas características que pueden y deben enriquecer a todas las demás Iglesias. La sensibilidad a la presencia de Dios en todos los acontecimientos, la opción preferencial por los pobres, la Iglesia como pueblo de Dios, la sacralidad de la tierra ¿no pertenecen a la singularidad de la Iglesia en América Latina que deben escuchar e incorporar a su dinamismo las Iglesias europeas? Ya es hora de acabar con el eurocentrismo en el funcionamiento de la Iglesia. En todo caso a la Iglesia en A.L. corresponde mantener y avivar su singularidad de Iglesia Particular, en esta situación cultural que Aparecida califica de “cada vez más compleja y opaca” (DA 36).